



EL COMPORTAMIENTO SEXUAL Y SU INVESTIGACIÓN

Jaime Barrientos Delgado
Ph.D. Psicología Social
Profesor Escuela de Psicología
Universidad Católica del Norte

1 INTRODUCCIÓN

Hoy en día el método en ciencias sociales se encuentra en un momento que muchos definen como de “pluralismo” (Crespo, 1995; Páez, Valencia y Echevarría, 1992).

En cierto sentido, la metodología, como reflexión sobre las formas de crear un conocimiento válido y fiable y como medio para asegurar un carácter ínter subjetivo y potencialmente replicable del conocimiento, ha roto su monolitismo de antaño.

En la actualidad, existiría una pluralidad de objetivos y teorías en psicología social y de paso, también, en la investigación social sobre sexualidad. En otras palabras, coexistirían en la psicología social y en el estudio de la sexualidad diversos paradigmas, así como, diferentes familias de teorías vinculadas a diversas pretensiones de conocimiento, lo cual se traduciría en una pluralidad de métodos (Crespo, 1995).

Además, en cierto sentido y continuando la idea anterior, es posible señalar que en la actualidad el monolitismo epistemológico y metodológico que en décadas pasadas caracterizó a la psicología social y también al estudio de la sexualidad – dominado por las disciplinas biomédicas exclusivamente- , se ha fracturado en al menos dos frentes:

- a) en la definición de los objetivos del quehacer científico y metodológico y
- b) en la definición del propio objeto de conocimiento.

Lo anterior, ha supuesto en la práctica un cambio en la ontología, en las teorías y en los métodos (Crespo, 1995), pues cada tipo de explicación conlleva una serie de presupuestos sobre la actividad humana y sexual y sobre el tipo de conocimiento que se considera posible sobre ellas.

Ahora bien, este nuevo panorama es reciente, pues hasta el momento de la crisis de la psicología social y de las ciencias sociales en general, predominó una epistemología empirista que hacía de la acumulación de datos un requisito de contraste, mejora y progreso de ella. En este contexto se suponía que los resultados empíricos eran el criterio autónomo contra el que se medían las teorías (Páez, Valencia y Echevarría, 1992). De esta forma, el panorama de antaño ha cambiado notablemente en la actualidad y así nadie duda, por ejemplo, de la necesidad de la triangulación, es decir, de la comparación de resultados entre al menos una tríada de métodos y técnicas – por ejemplo, intensivo – cualitativo; nomotético – extensivo correlacional y observacional y experimental –.

De alguna forma, este panorama recién descrito, también, se ha trasladado, como ya se ha adelantado, a la investigación social en la temática de la sexualidad. Así, en la actualidad, coexisten una infinidad de métodos y técnicas de investigación en sexualidad cuyo objetivo último no es sino contribuir a la comprensión del fenómeno complejo de la actividad sexual humana. La elección de uno u otro método o de una u otra técnica estará relacionada a los **objetivos** de la investigación pero también a la **forma de definir el objeto de estudio**, en este caso la sexualidad.

Sin embargo, en la investigación social respecto a la actividad sexual humana se ha discutido poco respecto a las cuestiones del método y esta discusión sólo se ha comenzado a hacer recientemente, especialmente cuando aparece el SIDA en escena.

En todas estas discusiones, se ha remarcado el carácter complejo del fenómeno que se estudia y la necesidad del uso de una multiplicidad de técnicas y métodos de investigación. Se ha enfatizado también el peligro de las nuevas versiones teóricas post – modernas en relación con la sexualidad que sobredimensionan los aspectos discursivos – lingüísticos olvidando el carácter material de las prácticas sexuales y su inscripción en los cuerpos de los sujetos que efectúan las prácticas.

En el contexto de este artículo se asume que la **actividad sexual humana** tiene un **carácter social** y que está **socialmente organizada y construida**; que la actividad sexual humana tiene un **carácter simbólico**, pero que ello acontece en una relación social de al menos dos sujetos que traen a la escena sexual sus trayectorias biográficas, sus cuerpos, entre muchas otras cosas más, todo ello en un contexto histórico, social, cultural y político determinado.

A continuación, se revisarán brevemente algunas consideraciones respecto al tema de la investigación social en sexualidad, enfatizando aspectos teóricos y metodológicos vinculados a los saberes que se han construido para dar cuenta de la sexualidad como objeto de estudio. Se revisará también algunas cuestiones específicas vinculadas a la investigación social en sexualidad relacionadas al uso de encuestas, probablemente, las técnicas más usadas para investigar la sexualidad humana.

2 LA ACTIVIDAD SEXUAL

Para las ciencias sociales y para la sexología, la actividad sexual ha sido un objeto de estudio difícil de aprender dado que el comportamiento sexual no es observable en sentido estricto¹; se hace imposible casi de observar directamente; se comporta como una práctica relevante, actualmente, sólo en el contexto de la intimidad, a lo que se añade que, generalmente, implica al menos a dos personas, es decir, una relación sexual es también una *relación social*, lo que añade otra dificultad a su estudio.

Quizás por ello cuando, actualmente, se alude a la actividad sexual, se designa la mayor parte del tiempo a hechos recogidos por medio de las declaraciones individuales (generalmente en encuestas), pese a que la sexualidad y lo sexual suponen un componente simbólico y social, lo que conduce finalmente a que las declaraciones individuales de los sujetos porten efectos indisolubles respecto a las prácticas, a las parejas, a los escenarios vividos, a las fantasías y las significaciones atribuidas a esas prácticas – placer, amor, seducción, riesgo de infección de enfermedades –.

Es por ello que se torna relevante definir que se entenderá por *actividad sexual*, noción que se ha definido de muchas formas en función de la disciplina, las teorías puestas en juego o el momento histórico en que se efectuaron (Giami, 1991). La elaboración de una definición de comportamiento sexual supone ciertos problemas pues, por una parte, es necesario delimitar las actividades y prácticas que revelan que la esfera sexual no va más allá de sí y, por otra parte, es necesario reunir las dimensiones corporales, fisiológicas y sociológicas en un mismo concepto, lo que añade el problema de su articulación (ACSF, 1993).

El concepto de **comportamiento sexual** tiene su origen en el campo de la biología, la fisiología y la psicología experimental (ACSF, 1993). En gran parte de las investigaciones sobre sexualidad, el concepto de comportamiento sexual ha sido usado en un sentido que sobrepasa una estricta definición conductual del comportamiento, es decir, la *“reacción observable”* (ACSF, 1993).

Así, por ejemplo, para Kinsey (1953) el comportamiento sexual del hombre es el resultado de su organización morfológica y fisiológica, como también, de la situación donde él ha tenido sus experiencias junto al conjunto de otras cosas que le rodean: es decir, *“... es sometida a factores biológicos, psicológicos y sociológicos pero también, a todos aquellos elementos que se comportan simultáneamente y al fin se encuentra en presencia de un solo fenómeno formando un todo que no es solamente biológico, psicológico o sociológico en su esencia”*.

Gebhard, por su parte, define el comportamiento sexual *“como toda actividad – solitaria, entre dos personas o en grupo – que conduce a la excitación sexual”* (Gebhard, 1974). Laumann et. al. (1994), por su parte, definen el comportamiento sexual como toda *“actividad voluntaria y mutua con otra persona que implica un contacto físico y una excitación sexual”*.

En este contexto *“la noción de comportamiento sexual comprende para cada individuo, una configuración que comprende un repertorio de prácticas sexuales, un repertorio de escenarios y un repertorio de significados”* (Bajos et. al., 1993). Esta definición de actividad sexual no es ni biológica ni sexológica exclusivamente sino que introduce la noción de lo psicosocial y lo cultural y no se restringe sólo a las prácticas corporales ni a las prácticas con las parejas, sino que asume que las prácticas tienen significaciones que varían según el contexto en que éstas se realicen e introduce, además, la idea de

¹ Más bien, podría hacerse, pero ello está sujeto a una serie de implicancias éticas asociadas al estudio de la intimidad

que la actividad sexual es un “arreglo particular” para cada sujeto, como también, la idea de “heterogeneidad” tanto de prácticas sexuales como de escenarios y significados.

Esta definición implica además que, aunque los comportamientos sexuales se reconstruyan en el tránsito entre lo objetivo y subjetivo, deben ser puestos en acción en los “escenarios” donde realmente estos ocurren, es decir, en las relaciones sociales entre las personas. En otras palabras, se define el comportamiento sexual en términos tanto de prácticas “objetivas” clasificadas generalmente en términos de su sentido epidemiológico y en términos de su significación “subjetiva”, asumiéndose que el comportamiento sexual es una práctica atribuible a los sujetos y al mismo tiempo es una interacción entre sujetos – relación social –, cuya dinámica y forma deben investigarse como un objeto propio y por ello el énfasis en comprender las relaciones interpersonales.

Específicamente, en este contexto, puede usarse el concepto que se usó en la Encuesta COSECON-1998, realizada por el MINSAL y ANRS, que definía a las prácticas, como “*el acoplamiento corporal de dos personas, lo que supone un tipo de contacto que involucra la zona genital de al menos uno de los participantes, permitiendo la transmisión de fluidos sexuales*” (Conasida y ANRS, 2000), definición que si bien, excluye ciertas prácticas sexuales, puede ser un buen punto de partida para la definición de este término. Habría, sin embargo, que seguir trabajando en la elaboración de definiciones más exhaustivas y completas.

Ahora bien, las orientaciones de cada sujeto, sus prácticas sexuales, su biografía, son redefinidas según el “escenario” o contexto social y cultural en el que se ponen en juego en cada nueva oportunidad, teniendo siempre presente la realidad sociocultural – inscripción social – en la que cada cual se inserta, es decir: “*el otro, la pareja estable o casual, el contexto que define las relaciones como un tipo de relaciones y el ciclo de vida en que se sitúan crean exigencias y posibilidades siempre distintas*”(Conasida y ANRS, 2000). Esta definición supone que, en la actualidad, existirían diversas exigencias y posibilidades que conducen a decisiones situacionales, a conflictos y a negociaciones que permiten construir perspectivas futuras o cierran posibilidades para el presente, lo que torna necesario caracterizar esas relaciones y las formas más frecuentes, o también, aquellas excepcionales que resultan de ellas.

Por último, al hablar de significados en este contextose asume que la actividad sexual tiene valores y funciones atribuidas ya sea concientemente o no a esta actividad, significados que actuarían como criterios de acción que prescriben y proscriben y que tendrían directa relación con la interpretación de los aspectos situacionales. Entre estos significados, según las investigaciones realizadas en diversos países y en Chile, sobresalen como los principales: el amor, la reproducción y el placer.

Es decir, en síntesis, en este contexto, primará la noción de sexualidad entendida como una actividad social, lo que podría permitir profundizar o comprender en términos nuevos no sólo un cierto número de preguntas sociológicas, sino que también, psicosociales, demográficas o epidemiológicas en relación con la sexualidad en Chile que antes no habían sido exploradas. De esta forma, tomar en cuenta los comportamientos sexuales enriquecería, por ejemplo, los análisis de sociología de la familia o el estudio de la relación entre hombres y mujeres, entre múltiples otros temas. Es importante añadir además que la descripción e interpretación de la diversidad de los comportamientos sexuales humanos ha sido llevada a cabo de manera paralela en el contexto de diversos tipos de trabajos: investigaciones etnográficas, trabajos históricos sobre la sexualidad del pasado, encuestas cuantitativas sobre los comportamientos sexuales.

Sin embargo, *¿cuáles son las implicaciones ligadas a estudiar la sexualidad como una actividad social?*. Según Bozon y Leridon (1993), la primera consecuencia es la necesidad de pensar en una **orientación de tipo descriptivo**. Esto quiere decir que la sexualidad no puede ser entendida abstractamente sino que implica introducir, por un lado, la **descripción concreta** de la actividad sexual en el contexto en que ésta se desarrolla y, por otro, la **significación que para los actores arrastra y lleva consigo**. Esta forma de estudiar la sexualidad trae de la mano la necesidad de **elaborar categorías y herramientas de análisis** estandarizadas que permitan interrogar de mejor forma los comportamientos sexuales.

Sin embargo, el estudio de la sexualidad era hace algunas décadas un campo nuevo de estudio y, por lo tanto, su estudio supuso la exploración de nuevas herramientas, la adopción de herramientas de análisis ya usadas en otros campos o la transferencia de tecnologías desde otras disciplinas.

Entre estas nuevas categorías y herramientas de análisis que se incorporan para el estudio de la sexualidad se encuentra la encuesta, la cual será analizada más adelante. Esta herramienta, si bien no la

única, ha sido la más usada en las investigaciones que se han desarrollado hasta la fecha en sexualidad, aunque a partir de los 80' con la irrupción del SIDA, se han comenzado a usar una infinidad de otras técnicas, como las entrevista, los focus group, las etnografías, las historias de vida, la observación, etc.

3 EL INTERÉS Y LOS LÍMITES DE LA CUANTIFICACIÓN DE LOS COMPORTAMIENTOS

La descripción de la actividad sexual sería necesaria no sólo para el conocimiento y la prevención actual del HIV/SIDA, sino que también, para derribar toda la suerte de representaciones erróneas de lo que es la actividad sexual y toda la suerte de pre – construcciones sólidas del mundo social que han invadido muchos esfuerzos de comprensión como aquellas aparecidas en USA y llamadas “*explicit sex*” – pornografía – (Bozon, 1995).

Es por ello que las descripciones precisas de la sexualidad serían escasas dado la dificultad de observar la actividad sexual humana en condiciones experimentales, lo cual no significa en ningún caso que esta descripción tenga que estar limitada a un discurso técnico y clínico desvinculado de sus significados y sentidos. También, la dificultad de describir la actividad sexual estaría ligada a la dificultad de evocar la actividad sexual a la primera persona – “yo” – (Bozon y Leridon, 1993). Ello quizás pues en algún momento de la historia la actividad sexual fue situada en un lugar de intimidad donde ésta se vuelve a la vez indecible e invisible y por ello, actualmente, existiría una incapacidad occidental de vislumbrar la sexualidad como “*ars erótica*” – arte erótico –, objeto de aprendizaje y de discurso técnico (Bozon, 1999).

Existiría de esta forma, una dificultad a la hora de pensar a la sexualidad como objeto de estudio, dificultad asociada a la multiplicidad de resistencias de los investigadores que trabajan en el tema, resistencias aglutinadas en el carácter no fiable de los resultados, lo cual sin embargo no ha impedido la curiosidad (Bozon, 1995).

Además, generalmente, la sexualidad ha sido abordada más por sus resultados y sus traducciones institucionales – tales como la fecundidad, el matrimonio, las concepciones pre – nupciales, la organización de la familia, entre otras – que por el sentido biográfico de las prácticas. En este dominio ha existido un gran decálogo entre la fuerza de las representaciones, las ideas y las preconstrucciones del mundo social y la modestia de los conocimientos sociales (Bozon, 1995). Así, en la actualidad, puede llegar a resultar casi imposible obviar la consideración de esas representaciones comunes de la sexualidad, construidas a partir de intuiciones y de la experiencia personales, de fantasmas colectivos, de la difusión de versiones simplificadas del psicoanálisis, de generalizaciones poco controladas de los medios de comunicación social: innumerables libros, encuestas, emisiones y sondeos de opinión sobre la sexualidad aparecen regularmente. De esta forma, no se puede querer llevar a cabo un análisis profundo de los comportamientos sexuales ignorando los significados que asumen las prácticas para los actores (Bozon, 1995).

Ahora bien, es cierto que la forma en que la actividad sexual ha sido y es hoy construida y re – construida en las investigaciones sociales y epidemiológicas plantea una serie de interrogantes y problemas (Bozon, 1995) pues muchas investigaciones sobre sexualidad no dan cuenta ni de las relaciones tanto sociales como sexuales ni de las prácticas sexuales, lo cual sería un importante problema en la medida que lo que hacen los cuerpos no es un “efecto derivado” que tenga menos realidad que la ideología sexual (Bozon, 1995). Lo anterior, no significaría en ningún caso que se deba evitar el análisis de las significaciones y los valores simbólicos asociados a las prácticas sexuales, especialmente, en la medida que hablar de las prácticas sexuales suele generar una fuerte resistencia (Bozon, 1995) tanto en la sociedad como en los investigadores – lo que tornaría relevante analizar la naturaleza de esas resistencias –.

4 LA DIFÍCIL MEDIDA DE LA ACTIVIDAD SEXUAL

Es cierto que toda medición implica una reducción del fenómeno, en este caso la sexualidad, dado la selección de aspectos considerados como más significativos que otros. Esta reducción operaría de la misma forma dentro de las diversas encuestas – instrumentos que han sido las principales técnicas usadas para la investigación sobre sexualidad – que se han desarrollado sobre los comportamientos sexuales después de los años 40' hasta la actualidad (Giami, 1991). Así, se podría observar que esta

reducción del fenómeno sexualidad supondría la inclusión de determinadas preguntas dependiendo del tiempo histórico, el contexto en que se desarrolla la encuesta y los objetivos de ésta.

Por ejemplo, las preguntas relativas a indagar la edad de inicio de la primera actividad sexual, la frecuencia de actividad sexual o las prácticas que son experimentadas han estado presentes desde las primeras encuestas que se conocen sobre sexualidad, mientras que el interés por el número de parejas sexuales en la vida ha sido característico de las encuestas de los años 90'; las encuestas anteriores no abordaban este tema sino a través de una pregunta sobre el número de parejas después de la entrada en la vida sexual o a veces bajo el número de parejas antes del matrimonio.

De esta forma, se puede señalar que una investigación sobre la sexualidad no sería jamás una operación rutinaria que se podría reproducir a la manera de encuestas por ejemplo, sobre el consumo alimentario. Así, analizar la sexualidad como una actividad social va más allá de sí, en otras palabras, tiene efectos sociales, culturales y políticos (Ericksen y Steffen, 1996) y así durante mucho tiempo el discurso de las ciencias sociales no fue considerado como el más adecuado para el análisis de la sexualidad; sólo aquellas disciplinas como la clínica que trabajan sobre el individuo – como la psicología clínica o la sexología – parecían ser los más adecuados, panorama que ha cambiado sustancialmente hoy en día.

5 LAS ENCUESTAS EN SEXUALIDAD

Las encuestas en el ámbito de la sexualidad han intentado caracterizar las parejas y la naturaleza de sus relaciones con la persona interrogada; o la crisis contemporánea de la conyugalidad y el desarrollo de modos informales de vivencia en pareja; las relaciones sexuales de tipo ocasional a la relación de pareja casada pasando por la relación sexual instalada en una cierta duración o el multipartnerariado. Sin embargo, la encuesta no ha sido la única herramienta, aunque sí la más usada. Así, por ejemplo, actualmente, sería difícil analizar las rupturas de parejas ignorando la complejidad potencial de las biografías sexuales de los individuos, estudio que supondría otro tipo de instrumentos de producción de datos diferentes a la encuesta, como las entrevistas en profundidad o las historias de vida.

Sin embargo, el principal producto de las últimas investigaciones sobre comportamiento sexual ha sido las encuestas con grandes muestras representativas de la población general con un claro énfasis epidemiológico asociado a las prácticas de riesgo en relación con la infección por HIV/SIDA, lo que aplicado al estudio de un tema que concierne a la vida privada y a la intimidad impondría un conjunto de innovaciones en la técnica de la encuesta pero también, de limitaciones.

Entre las ventajas estaría la posibilidad de describir y conocer la sexualidad de la población general y, eventualmente, realizar estimaciones, predicciones y establecer comparaciones respecto a cuestiones claves relativas a la sexualidad. Por ejemplo, sería relevante a destacar el aporte original de las investigaciones sobre sexualidad hechas desde un análisis sociológico de las relaciones entre los sexos (Bozon y Leridon, 1993), las que han permitido entre otras cosas mostrar las diferencias de actitudes, de reacción y de interpretación entre hombres y mujeres respecto a ciertas preguntas de la encuesta.

En este sentido, por ejemplo, se ha constatado que las mujeres tienen más confidentes y son más a menudo confidentes en materia sexual y amorosa que los hombres. También, se ha mostrado que son las mujeres las que declaran un número de parejas sistemáticamente menos elevado que los hombres; son ellas las que conciben como más difícil que los hombres el tener relaciones sexuales sin amor; son las mujeres las que juzgan más severamente las aventuras extra – conyugales como también, son las mujeres las que manifiestan una gran reticencia a declarar que ellas tienen prácticas de auto – erotismo – masturbación –.

Entre las limitaciones de las encuestas estaría la realización de generalizaciones no representativas hacia poblaciones con conductas específicas

– por ejemplo, homo bisexuales – (Izazola et. al., 2000), como también, la imposibilidad de observar la sexualidad como un fenómeno procesual con diversos dinamismos temporales – lo que supondría el uso de biografías u otros métodos –.

Una segunda limitación dice relación con el carácter estándar de sus preguntas lo que supondría que esta herramienta inhibiría acceder a la variabilidad y el carácter particular que cada relación sexual

pueda tener, es decir, con el uso de la encuesta se pierde algo de la inherente complejidad de la actividad sexual como las dinámicas afectivas y emocionales involucradas (Conasida y ANRS, 2000)

También, las encuestas dejarían poco margen para la expresión de respuestas espontáneas e inesperadas de los sujetos, como así también, es probable que las descripciones que resulten de las encuestas no se compadezcan con el lenguaje a través del cual las prácticas son descritas en la vida cotidiana de los sujetos (Conasida y ANRS, 2000)

Además, como bien lo han apuntado Julia Ericksen y Sally Steffen (1996), la investigación en sexualidad, a través del uso de encuestas, tiene una serie de peligros aparejados tales como el riesgo de que los investigadores estén sujetos a procesos públicos de “difamación” – como lo fue Kinsey, por ejemplo – dado la mal interpretación o la interpretación política de ciertos hallazgos producto de la enfatización de algunos resultados por sobre otros o al cuestionarse motivaciones personales o institucionales – por ejemplo, para legitimar la homosexualidad y otros estilos sexuales de vida llamados “promiscuos” por algunos, en países altamente conservadores e intolerantes respecto a estos temas –.

Además, de las dificultades recién mencionadas estarían las dificultades de comparación entre encuestas de un mismo país y el mismo tema, así como de diversos países entre sí, dado que las encuestas tendrían como recalca Giami (1991) “*la contingencia de sus problemáticas*”, a lo que hay que añadir la diferencia de contextos sociales y culturales en que estas encuestas se realizan y de demandas sociales que producen definiciones diferentes de comportamiento sexual. Por ejemplo, y siguiendo a Giami (1991), si se observa el estudio de Kinsey, el contexto en el que aquella encuesta se llevó a cabo se caracterizaba por un contraste entre una atmósfera de rigidez moral oficial y una gran diversidad subterránea de prácticas sexuales que la encuesta quería poner al día y quizás por ello las prácticas sexuales tomadas en cuenta fueron sólo aquellas que conducían al orgasmo. Así, los análisis de Kinsey estuvieron estrictamente centrados en los actos y en la satisfacción reciente. Sin embargo, 20 años más tarde como bien señala Giami (1991) la encuesta realizada en Francia por Simon se inscribió dentro del movimiento de liberación de las mujeres bajo la mirada de la sexualidad en el contexto de la contracepción; por ello es probable que a Simon le haya interesado el coito heterosexual efectuado en un cuadro conyugal y la sexualidad no limitada a los actos, así como la compatibilidad de los orgasmos, por ello las otras parejas distintas al cónyuge no fueron prácticamente consideradas.

De esta forma, si los paradigmas cambian de una encuesta a otra, esto sería un efecto de la rareza de las investigaciones a grandes escala. Por ello, el interés y la curiosidad *per se* de los investigadores no serían suficientes para que se torne aceptable una encuesta de un dominio que depende tanto de la intimidad de las personas, sino que, se tornaría necesario la existencia de una demanda social “fuerte” que legitime la investigación y ello pues la sexualidad – aunque, cada vez menos – continúa siendo considerada un objeto de discurso privado o de escenarios culturales colectivos, pero sobre la cual, las investigaciones generales parecen sospechosas (Giami, 1991).

Todas las críticas que se han señalado, finalmente, permiten señalar la necesidad de que los investigadores en sexualidad tengan un conocimiento y una comprensión adecuada de la cultura en la cual realizan las investigaciones en orden a producir y entender sus hallazgos (Ericksen y Steffen, 1996), o en otras palabras, se debe conocer bien el “contexto” en el que las investigaciones se realizan.

Las investigaciones en sexualidad usando encuestas han sido realizadas por diversas disciplinas tales como la sociología, la demografía, la epidemiología o la psicología social. Así, por ejemplo, las investigaciones sobre sexualidad hechas desde la sociología han permitido visitar un cierto número de preguntas tradicionales tales como la relativa a la relación entre las normas proclamadas y los comportamientos efectivos (Bozon y Leridon, 1993). Por ejemplo, respecto a este último punto se ha mostrado que existe una representación social de contenido normal del acto sexual según la cual un acto sexual implica una penetración que conduce al orgasmo de las dos parejas al mismo tiempo; en dos personas de sexo opuesto.

Sin embargo, la sociología no es la única disciplina que ha hecho aportes. En el estudio de la sexualidad también ha ocupado un lugar importante la demografía (Bozon y Leridon, 1993) y ello dado que la reproducción ocupa un lugar central en esta disciplina pues ella sería un eslabón esencial en el estudio de la dinámica de poblaciones y porque se prestaría a análisis muy variados en razón de la confluencia de factores biológicos, comportamentales individuales y normas sociales.

Por último, la epidemiología ha conservado un lugar importante en el estudio de la sexualidad, especialmente, luego de la aparición de la epidemia del SIDA en los años 80’ (Bozon y Leridon, 1993). La epidemiología se ha preocupado, esencialmente, de la frecuencia de una enfermedad más precisamente

sobre el riesgo de contraerla. La enfermedad de esta forma constituye un objeto de análisis exclusivo de esta disciplina y, sin embargo, podría pensarse que la sexualidad no le concierne como tema dado que no es una enfermedad pero, pese a ello, las enfermedades de transmisión sexual y el SIDA han sido dos ejemplos de enfermedades vinculadas a la sexualidad, especialmente, relevantes a fines del siglo XX. Relevante de destacar en este punto es el SIDA como fenómeno particular que ha generado grandes estudios e investigaciones de sexualidad tanto en USA, Europa, Asia, Africa o Latinoamérica.

6 LAS ENCUESTAS CUANTITATIVAS SOBRE LA SEXUALIDAD

Actualmente, en las sociedades occidentales, la sexualidad no ha sido excluida en el contexto de las grandes encuestas de tipo cuantitativo a través de las cuales se puede organizar una recolección directa y razonada de archivos sobre los comportamientos sexuales, permitiendo una objetivación y cuantificación de los mismos en el contexto de su reflexión como realidades sociales.

En este sentido la tradición investigadora, en términos de estudio de la actividad sexual tanto en Europa como en USA y en algunos países en vías de desarrollo –afectados por el HIV/SIDA –, ha sido diversa y además extensa (Páez et. al., 2002). Sin embargo, pese a lo anterior las investigaciones cuantitativas en el dominio de la sexualidad han tenido y tienen un carácter mucho más discontinuo y mucho menos acumulativo que dentro de otros dominios (Giami, 1991).

De esta forma, por ejemplo, los resultados de la encuesta de Alfred Kinsey no pueden ser comparados con los resultados de otras encuestas de sexualidad realizadas en otros países como la de Simon efectuada en Francia dado las grandes diferencias metodológicas dentro de los modos de constitución de las muestras (Bozon y Leridon, 1993). Además, la investigación de la actividad sexual, generalmente, ha sido un esfuerzo conducido sólo en los “países desarrollados”; en los llamados “países en desarrollo” la investigación sexual por encuestas ha sido hasta hace muy poco limitada, excepto, en aquellos en que la epidemia del SIDA ha sido devastadora (Parker, 1997).

Así, también, hasta hace poco tiempo atrás existían sólo dos grandes iniciativas internacionales – de tipo comparativo y con diversos países – en esta temática. Una era la “*World Fertility Surveys*” que fue llevada a cabo entre 1972 – 1984 en 42 países y la “*Demographic and Health Surveys*” llevada a cabo desde comienzos de los años 80’ en 50 lugares y que proveía información relativa a fertilidad, planificación familiar y salud materno infantil (Parker, 1997).

Ahora bien, gran parte del auge actual de las encuestas cuantitativas en sexualidad, ha estado relacionado con hechos recientes vinculados a problemáticas de salud como el SIDA y ello dado que hasta la aparición del SIDA, existía una carencia de datos disponibles respecto a la actividad y conducta sexual que pudiera servir como insumos para pensar la epidemia y los caminos a seguir. De esta forma, empiezan a apoyarse estudios en sexualidad mediante iniciativas de instituciones tales como el *Programa Global de SIDA de la Organización mundial de Salud – WHO/GPA–* la que ha jugado un rol central desde 1988 – pese a sus problemas y modificaciones – en la financiación. Así, gracias al apoyo de esta institución se llevaron a cabo una serie de iniciativas con diversos instrumentos en diversas poblaciones con el propósito de hacer comparaciones (Parker, 1997).

Más adelante se comenzarían también a desarrollar encuestas específicas en población homo – bisexual y en población usuaria de drogas. Es decir, es a partir de los años 80’ que se produce una importante movilización en la investigación de la sexualidad y los comportamientos sexuales muy ligada, como ya se señaló, a la aparición de la epidemia del SIDA, lo que obligó en muchos casos a crear y estructurar planes nacionales e internacionales para prevenir la epidemia – que en países como Francia o Chile han permitido la realización de grandes encuestas sobre comportamiento sexual –. También, en esta época se producen otras transformaciones ligadas a las trayectorias sexuales, a los modelos familiares y la conyugalidad que afectan la sexualidad y que impulsaron la investigación, aunque no estén directamente vinculados a la epidemia del SIDA.

Además, en esta época se empiezan a realizar con mayor profusión estudios cualitativos en sexualidad y se comienzan a usar una serie de diferentes metodologías que vienen a complementar los estudios cuantitativos realizados a través de encuestas (Parker, 1997). Estos estudios cualitativos han puesto el acento en los discursos relativos a la sexualidad, en la construcción social de la sexualidad, como también, en las innovaciones conceptuales y metodológicas necesarias de introducir para estudiar

el comportamiento sexual² (Parker, 1997; Dowsett, 1996). Además, estos estudios reafirmaron la centralidad del enfoque de género como foco que preocupa en las investigaciones relativas a sexualidad y así creció el interés por estudiar las identidades de género, los guiones de género, el poder y las relaciones de género (Parker, 1997; Ehrhardt, 1996; Oetomo, 1996).

Es importante enfatizar además, que las encuestas sobre sexualidad, generalmente, no han construido el objeto – la sexualidad – de la misma manera y ello dependería de las diferentes tradiciones intelectuales y los diferentes contextos culturales en las que las encuestas han sido realizadas (LeGall, 2001). Por ejemplo, los contextos intelectuales, financieros y sociales en los que se ha elaborado y construido las encuestas han sido muy diversos.

Así, por ejemplo se pueden establecer una serie de diferencias entre las encuestas de sexualidad más importantes que han sido realizadas recientemente, entre las que se pueden mencionar, la inglesa, la americana, la francesa y la finlandesa (LeGall, 2001). En este sentido la encuesta finlandesa (1995) y la francesa (1993) fueron realizadas con fondos públicos; por su parte, la encuesta americana (1994) y la inglesa (1994) fueron realizadas con fondos privados dado el rechazo de conceder financiamientos por los gobiernos de Reagan, Bush y Clinton en USA y de Thatcher en la inglesa, lo que sugeriría que las encuestas sobre sexualidad serían fuertemente dependientes del contexto sociopolítico – generalmente, neoliberal – (LeGall, 2001). Por otra parte, la encuesta americana fue realizada por un equipo exclusivamente masculino conformado por investigadores provenientes de las ciencias sociales, lo que también, sucedió en la inglesa, mientras que la encuesta francesa fue realizada por un equipo multidisciplinario conformado por demógrafos, epidemiólogos, sociólogos, psicólogos, economistas tanto hombres, como mujeres (LeGall, 2001).

También, las diferencias en las encuestas pueden ser observadas en las muestras usadas: mientras algunas como la inglesa o la americana se focalizaron sólo en personas sexualmente activas, con el fin de indagar en los comportamientos sexuales de riesgo de cara al SIDA, otras como la finlandesa ha usado muestras que consideran la actividad sexual a lo largo de todo el ciclo vital.

Además, las encuestas han diferido en su modo de aplicación, así mientras algunas como la francesa se hicieron vía telefónica, otras han usado la aplicación cara a cara como la americana, la finlandesa o la inglesa, las que además, para temas sensibles tenían módulos de auto aplicación (LeGall, 2001).

También, las encuestas han diferido en la construcción del objeto a estudiar (LeGall, 2001). Algunas, sólo han considerado prácticas sexuales penetrativas, mientras que otras han incorporado prácticas sexuales como la masturbación. Además, algunas encuestas han considerado la actividad sexual como un componente normal de la vida social, otras han enfatizado su relación a cuestiones de salud pública como el SIDA, mientras otras han enfatizado su relación al bienestar subjetivo y calidad de vida. Por ejemplo, si la encuesta finlandesa se interesó en la sexualidad como un elemento constitutivo del bienestar subjetivo, la encuesta americana se interesó más por las condiciones de pasaje de la adolescencia a la sexualidad adulta, mientras que la inglesa tuvo un claro énfasis epidemiológico y la francesa se enfocó a investigar las prácticas sexuales asociadas al riesgo del HIV (LeGall, 2001).

Estas diferencias supondrían diferentes representaciones sociales respecto a la sexualidad, como también, construcciones científicas diferentes (LeGall, 2001). Sin embargo, sería importante añadir que todas las encuestas realizadas en los 80' y 90' tanto en Europa, USA, Africa y América Latina fueron hechas en el contexto de la epidemia del SIDA que, directa o indirectamente, también, ha ejercido un impacto en la realización de las encuestas, al concebir finalmente, por ejemplo, la actividad sexual como una práctica de riesgo evitando indagar en prácticas sexuales menos comunes como las prácticas auto eróticas o las S/M.

7 INVESTIGACIONES SOBRE EL COMPORTAMIENTO SEXUAL REALIZADAS A TRAVÉS DEL USO DE ENCUESTAS

Numerosas encuestas cuantitativas sobre el comportamiento sexual de la población general y de sub – grupos como homosexuales y bisexuales masculinos han sido realizados o están actualmente en

² Todas estas investigaciones han sido realizadas usando metodologías cualitativas de investigación. Se han usado técnicas tan disímiles como la etnografía, la observación participante, las entrevistas, las historias de vida o los focus group.

curso de realización en todo el mundo, aunque siguen predominando en los países desarrollados (Cleland y Ferry, 1995; Aggleton, 1996; Parker, 1997) Muchas de ellas están usando o han usado muestras representativas de la población general (ACSF, 1993).

a Las encuestas cuantitativas en países desarrollados

Parece ser que es en Europa donde se comenzaron a realizar las grandes encuestas sobre comportamiento sexual de forma sistemática y periódica con muestras probabilísticas, tal como se las conoce hoy en día. Esto de ninguna manera significa desconocer la central relevancia de los estudios de Alfred Kinsey llevados a cabo en USA en los años 40' y las consecuencias que sus estudios produjeron tanto en ese país como en otros países.

Ahora bien, específicamente, en Europa fueron tanto Suecia como Inglaterra, los países europeos precursores en este dominio. Además, es importante enfatizar que en la década de los 90' han sido realizadas una serie de encuestas en Europa – en Francia, Suiza, Inglaterra, Noruega, Portugal, Italia, Grecia y Alemania – bajo el programa europeo “*Europe against AIDS*”, proyecto financiado por la “EU Biomedical and Health Research Programmer” que entre otros logros ha permitido crear un formato básico de encuesta común para ser aplicado en Europa, como también, ha permitido la comparación entre diversos países europeos (Hubert, Marques Balsa, 1995; Páez et. al., 2002).

En el caso de Suecia en 1967, una comisión de educación sexual creado por el gobierno sueco llevó a cabo una encuesta nacional sobre las actitudes y comportamientos sexuales (ACSF, 1993). Una muestra aleatoria de 2000 personas entre 18 a 60 años fue interrogada por la vía de entrevista cara a cara; las preguntas más íntimas fueron reagrupadas en un cuestionario auto – administrado. Esta metodología inspiró más tarde al equipo francés de P. Simon et. al. (ACSF, 1993). Más adelante, entre 1980 – 1981 se realizaría. además, una encuesta específicamente entre jóvenes de 12 – 18 años.

En el Inglaterra (ACSF, 1993) la primera encuesta fue realizada en 1965 en una muestra aleatoria de 1873 adolescentes residentes en cinco zonas urbanas de Inglaterra; otra en 1971 sobre una muestra aleatoria de 2000 adultos menores de 45 años. Sobre la relación entre comportamientos sexuales y SIDA, dos encuestas pilotos fueron efectuadas con muestras aleatorias en 1987 y otra en 1990 – 1991. Esta última encuesta – “*National survey of sexual attitudes and lifestyles*” – tuvo una muestra de 18.876 sujetos (Johnson y Wellings, 1994) Así, también, encuestas telefónicas sobre comportamientos de salud, que comprenden algunas preguntas sobre sexualidad, han sido hechas regularmente por la Universidad de Edimburgo desde 1987. También, es relevante mencionar la encuesta llevada a cabo en el año 1992 en una muestra de 5880 personas entre 18 – 60 años, con una modalidad telefónica (ACSF, 1993).

Otros países tales como Finlandia, Dinamarca, los Países Bajos, Bélgica, Suiza, Portugal, Alemania, Grecia y Francia han realizado, también, grandes encuestas sobre comportamiento sexual (ACSF, 1993). Específicamente, respecto al HIV fue Noruega el primer país de Europa, que organizó una encuesta sobre los comportamientos sexuales en relación con este tema. La encuesta fue realizada entre 1986 – 1987 usando una muestra aleatoria de 9284 personas de 18 – 60 años a través del método postal (ACSF, 1993). Una segunda encuesta – “*The Norwegian sexual behavior study*” – fue realizada en este país, similar a la de 1987 en el año 1992. Esta última encuesta tuvo una muestra de 4760 personas y fue cara a cara (ACSF, 1993).

En Finlandia han sido realizadas tres grandes encuestas. La primera en el año 1971. Una segunda encuesta – “*The national study of human relations, sexual attitudes and lifestyles in Finland*” – fue realizada entre 1991 – 1992 sobre una muestra de 3.000 personas de 18 a 74 años. Esta encuesta habla de las relaciones en el seno de la pareja, las actitudes sexuales y los modos de vida (Kontula y Haavio–Mannila, 1995). Por último, recientemente, ha sido realizada una tercera gran encuesta en el año 1999 (Kontula, 2002).

En Dinamarca una encuesta fue llevada a cabo en 1989 con una muestra representativa de 3178 personas de 18 – 59 años a través de un cuestionario postal (ACSF, 1993). En los Países Bajos, una encuesta se desarrolló en 1989, con una muestra representativa de 3000 personas entre 18 a 55 años, la cual fue organizada conjuntamente por el departamento de estudios homosexuales de la Universidad de Utrecht y por el Instituto Holandés de investigación en sexualidad (ACSF, 1993).

Bélgica ha realizado una encuesta en el año 1993 con una muestra de 3733 personas. La encuesta era telefónica y se efectuó en personas entre 15 – 59 años (Hubert y Marquet, 1993). En Suiza varias encuestas telefónicas de tipo KABP han sido hechas después de 1987 con muestras

representativas de jóvenes entre 15 a 30 años, como también, entre 15 – 40 años (Hausser, 1990; Hubert, Bajos, y Sandfort, 1998). Una de estas, consideradas por Hubert, Bajos y Sandfort (1998), es la de 1992 realizada entre sujetos de 17 – 45 años con una muestra de 2800 personas. La modalidad era de tipo telefónica.

En Alemania – tanto del este, como del oeste – fue llevada a cabo una gran encuesta en el año 1993 sobre una muestra de 4662 personas entre 16 – 74 años, con una modalidad de tipo telefónica en la Alemania del oeste y de tipo cara a cara en la Alemania del este (ACSF, 1993; Hubert, Bajos y Sandfort, 1998). En Grecia fue llevada a cabo una encuesta en el año 1990 – “*Partner relations and risk of HIV infection*” – sobre una muestra de 1980 personas y con una modalidad cara a cara. (ACSF, 1993; Hubert, Bajos y Sandfort, 1998).

En Francia fue llevada a cabo una gran encuesta en el año 1992 sobre una muestra de 20055 personas entre 18 – 69 años de edad con una modalidad telefónica. (ACSF, 1993). Además, han sido realizadas constantes mediciones a través de encuestas de las actitudes y representaciones sociales asociadas al SIDA (ANRS, 2002).

En España, recientemente, se realizó una gran encuesta sobre comportamiento sexual en población de 18 – 49 años con una muestra de 3000 personas (Páez et. al; 2002).

En los Estados Unidos, las investigaciones y hallazgos de Kinsey se han constituido en una fuente importante de información desde 1948 (Kinsey, 1949, 1953). Más adelante, una encuesta sobre una muestra representativa aleatoria de 3000 personas fue conducida en 1970 por el NORC – Centro nacional de investigación de la opinión de la Universidad de Chicago – por encargo del Instituto Kinsey, pero los datos no han sido publicados – sino hasta 1989 (ACSF, 1993).

Luego, en 1994 se publicaron los resultados de la Encuesta Nacional Americana sobre Comportamiento Sexual – “*NHSLS*”, “*national health and social lifestyles survey*” –. Esta encuesta formaba parte de un primer proyecto conducido en 1987, en el marco de un llamado del NICHD – “*National institute of child health and human development*” – para evaluar la dinámica de la epidemia del HIV en la población americana en relación con sus comportamientos sexuales. Después de múltiples problemas, los investigadores se centraron en realizar una encuesta enfocada sobre la organización social de los comportamientos sexuales. La encuesta fue, finalmente, realizada en 1992 en una muestra aleatoria representativa nacional de 3432 adultos entre 18 – 59 años a través de un cuestionario administrado cara a cara con una pequeña sección auto administrada (Laumann et. al., 1994). Además, muchas otras encuestas han sido conducidas recientemente en este país (Ericksen y Steffen, 1996).

Así también, en otros países europeos tales como Rusia (Chervyakov y Kon, 1998), Polonia (Izdebski, 1998) o Estonia (Haavio – Manila, Kontula y Rotkirch, 2002) han sido llevadas a cabo grandes encuestas sobre sexualidad.

b Otros países

Además, en una serie de otros países bajo el patrocinio de la OMS – Organización Mundial de la Salud – han sido realizadas una serie de encuestas tipo KAPB – “*Knowledge, attitudes, behaviors and practices*” – relativas al comportamiento sexual y el riesgo de infección por el HIV (ACSF, 1993; Cleland y Ferry, 1995; Parker, 1997). Estas encuestas han sido efectuadas a partir de fines los años 80’ y comienzos de los 90’ en países de Africa sub – sahariana, Asia, América Central – por ejemplo, Cuba – (García, 2000) y América del Sur en países como Brasil y Chile. Las muestras usadas han sido probabilísticas y han comprendido entre 1300 a 4000 individuos y han sido analizadas por la unidad de comportamiento y conducta social de la OMS. Un ejemplo, de estas encuestas realizada exclusivamente en población homo – bisexual fue la realizada por José Antonio Izazola en México (Izazola et. al., 2000).

También, recientemente dos grandes encuestas sobre comportamiento sexual han sido realizadas en América Latina, una en Brasil y otra en Chile y dos más están en preparación en Uruguay y Paraguay. La encuesta brasileña llamada “*Comportamiento sexual do brasileiro*” fue realizada por el Ministerio de salud y por el Cebrap en una muestra de 3600 personas entre 16 – 65 años de edad en el año 1998 (Ministerio da Saúde, 1999). La encuesta chilena Cosecon – 1998 fue realiza por el CONASIDA y la ANRS en 1998 en una muestra de 5600 personas entre 18 – 69 años y será comentada extensamente, más adelante.

8 LA ENCUESTA COSECON – 1998

Se ha creído pertinente trabajar en el contexto de esta tesis – por una serie de razones, algunas ya explicitadas y otras que más adelante irán quedando más claras – con la encuesta COSECON – Comportamiento Sexual en el Cono Sur – realizada en Chile en el año 1998 por CONASIDA – Comisión Nacional del SIDA, Ministerio de Salud en Chile – y la ANRS – Agence Nationale de Recherche sur le SIDA, de Francia –. Esta encuesta es la primera encuesta nacional sobre comportamiento sexual realizada en el país.

Algunos datos, que ya se han comentado en el capítulo relativo a la Sexualidad, específicamente, en el apartado la Sexualidad en Chile, ya han sido previamente publicados en el libro “*Estudio Nacional de Comportamiento Sexual. Primeros Análisis. Chile 2000*”, publicado por CONASIDA y ANRS, en el año 2000. Todos los datos que se comentarán y describirán a continuación, y que constituyen parte fundamental de este trabajo de investigación, son inéditos y no han sido publicados previamente.

Enfoque, objetivos y metodología de la encuesta Cosecon – 1998

Enfoque del estudio

El punto de partida del estudio Cosecon–1998 estaría en el conocimiento acumulado sobre el SIDA y los comportamientos asociados (Conasida y ANRS, 2000).

Además, esta investigación ha definido el comportamiento sexual como prácticas objetivas clasificadas según su sentido epidemiológico y según la significación subjetiva de esas prácticas (Conasida y ANRS, 2000). También, define el comportamiento sexual como una práctica atribuible a individuos y al mismo tiempo, como interacciones entre individuos, cuya forma y dinámica, deben estudiarse como un objeto propio – la relación sexual entendida como social – (Conasida y ANRS, 2000).